
LLAMADA

*Lorenzo Meyer e Ilán Bizberg**

Hasta bien entrado el siglo XX, los historiadores ortodoxos se negaban a aceptar la posibilidad de llevar su tarea a un periodo tan cercano que permitiera a un autor ser contemporáneo de los hechos que analizaba. La ortodoxia suponía que abordar la historia contemporánea equivalía a ser juez y parte y, por tanto, se perdía ecuanimidad. En efecto, desde ese punto de vista, hacer historia verdadera requería, entre otras cosas, poner distancia en tiempo (y mejor aún si se ponía también espacio) entre el narrador y su objeto, pues sólo de esa manera se dispondría de los materiales necesarios para la tarea —archivos, memorias y otros datos a los que el estudioso sólo puede acceder cuando ya han perdido su propósito original e inmediato— y, sobre todo, de la perspectiva derivada de observar las cosas cuando ya se ha asentado el polvo, apagado el fuego y cesado el estruendo. Sólo en esas condiciones, se suponía, era posible el ambiente y estado de ánimo intelectual que permitiera la objetividad del historiador. Hoy, pese a la persistencia de estas y otras objeciones, la historia contemporánea es un hecho, entre otras cosas, porque se acepta que la objetividad no es una variable que dependa del tiempo o la distancia, porque hay información alternativa disponible sobre lo inmediato y, sobre todo, porque la sistematización del pasado cercano es una ayuda para comprender mejor el presente y otar el futuro.

La historia que el lector tiene en sus manos es justamente del género de lo reciente, es decir, de lo que sucedió “apenas ayer”. Es una historia donde los autores son contemporáneos de su relato. En nuestro caso, partimos del supuesto de que la objetividad es una meta ideal, a pesar de que nunca será del todo alcanzable. En efecto, en todo enfoque, narración y evaluación de lo que acontece ahora o en el pasado cercano o remoto, siempre intervendrán los valores del observador y ninguna distancia en el tiempo o el espacio logrará impedirlo. Ya se trate de la muerte de Sócrates en Atenas, en el 399 a.C., o de la matanza de estudiantes en Tlatelolco, en 1968, el historiador siempre tomará partido y, en cualquier caso, su reconstrucción de lo acontecido será parcial y selectiva, lo mismo que su evaluación.

Es evidente que en obras como esta historia contemporánea, no es posible introducir la perspectiva que da el tiempo, pero sí la que da la disciplina, la especialización. Aquí se encuentra el trabajo no de historiadores profesionales, sino de especialistas en varias de las ciencias sociales, decididos a tratar los asuntos de su competencia como historia reciente.

* Los editores agradecen el apoyo de la Fundación Konrad Adenauer para la elaboración de la primera versión de los artículos que se incluyen en esta obra.

Por más materiales y tiempo que se acumulen, es imposible lograr “la historia definitiva” de cualquier fenómeno o época. Cada generación, cada grupo, cada escuela de pensamiento, cada historiador, interroga al pasado desde sus muy particulares condiciones y circunstancias en el presente, y de sus propios intereses e incluso personalidad. Y como el presente siempre está cambiando, también lo hace la percepción del pasado, de ahí que se pueda aspirar, pero nunca lograr escribir “la historia definitiva” de una época o evento.

Las distintas visiones sobre el fin de siglo XX mexicano, que se presentan en los cuatro volúmenes que integran la serie, sin duda serán revisadas, corregidas e incluso refutadas, por quienes desde otras perspectivas, tiempos, preocupaciones e intereses, vuelvan a examinar e interpretar lo ocurrido en México, entre 1968 y los casi cuatro decenios siguientes. Sin embargo, ése no será un destino peculiar de nuestro esfuerzo, sino el inevitable de toda obra histórica, pues el pasado, se quiera o no, siempre estará no sólo en revisión permanente, sino en disputa. Por tanto, consideraremos cumplido nuestro objetivo si esta visión contemporánea de algunos procesos de la realidad mexicana, sirve tanto de instrumento para interpretar el presente colectivo como de punto de referencia, a partir del cual surja una nueva lectura de los mismos fenómenos que aquí se narran y de los que quedaron fuera.

La mayoría de los autores de esta obra trabajan en los diversos centros que conforman El Colegio de México. Es, por tanto, lógico que buscaran inscribir su obra dentro de la tradición establecida por el fundador de la institución: Daniel Cosío Villegas, quien, como se sabe, no era un historiador profesional, sino un intelectual profundamente preocupado por descubrir las claves que explicaran el México que le había tocado vivir y proponer alternativas de cara al futuro. Así pues, lo que Daniel Cosío le pedía a la historia era descubrir las causas de lo que él llamó, en 1947, “la crisis de México”, y que expuso en un provocador ensayo publicado en los inicios de la posrevolución mexicana (*Cuadernos Americanos*, vol. VI, marzo de 1947).

Para Cosío Villegas, los líderes de la Revolución mexicana fueron capaces de identificar tanto los obstáculos como los objetivos que, removidos unos y fijados otros, hubieran permitido hacer de México una comunidad nacional viable y digna. Sin embargo, a ojos de Cosío, los responsables del proyecto, nunca quisieron o pudieron estar a la altura del desafío histórico; fallaron y la revolución se desvirtuó. Para explicar ese fracaso, Cosío Villegas decidió interrogar el pasado inmediato del país. De ahí que emprendiera la magna obra *Historia moderna de México* como una forma de desentrañar las razones del fracaso de los liberales decimonónicos que, tras un espléndido batallar, habían restaurado la República en 1867, y que se mantuvieron en el poder desde entonces hasta la caída de Porfirio Díaz, en 1911. La *Historia moderna de México* fue dividida en dos grandes partes—la República restaurada y el Porfiriato—y cada una fue examinada desde la perspectiva de sus políticas internas y externas, la economía y su estructura social.

En los años setenta, Cosío Villegas formó un nuevo equipo, más interdisciplinario que el anterior, también dentro de El Colegio de México, para documentar y explicar el orto y el ocaso del régimen que dominó casi todo nuestro siglo XX. Así, la *Historia de la Revolución mexicana* arrancó justo donde había terminado la *Historia moderna de México*, y se detuvo al inicio de los años sesenta del mismo siglo. Esta vez la obra fue dividida por periodos presidenciales.

Una historia contemporánea de México arranca casi donde quedó la *Historia de la Revolución mexicana*, pero no pretende ser su continuación. A diferencia de esta última, consideramos que para analizar el presente era necesario proceder de manera temática más que por sexenios.

Consideramos que la etapa contemporánea del país no podía comprenderse analizándola por periodos políticos formales, a pesar de las particularidades de cada presidente y del poder que acumulaba. En el México contemporáneo, ése donde el presidente era el eje principal de la vida pública ya estaba en decadencia a partir de 1968, y cada vez pesaba menos el estilo personal de gobernar y más los grandes movimientos nacionales e internacionales. Además, el enfoque sobre los actores individuales en torno al que giraron las historias de Cosío Villegas no permitía ya comprender bien las transformaciones de un México donde dominaban —dominan— además de las grandes tendencias internacionales, económicas y sociales, los actores colectivos.

Todo lo anterior nos llevó a considerar la conveniencia de analizar las transformaciones por las que ha pasado el país en los últimos cuarenta años, desde un punto de vista temático que profundizara en las dimensiones que definieron el cambio. Esta perspectiva requería de un equipo interdisciplinario. Por ello reunimos a un numeroso grupo de investigadores de distintas disciplinas: economistas, sociólogos, demógrafos, politólogos y estudiosos de las culturas. Decidimos, además, abandonar la construcción clásica en torno a las meras disciplinas y ordenar la obra alrededor de tres grandes ejes: los movimientos y las inercias, los actores y las instituciones y, finalmente, las políticas.

En el primer tomo abordamos los grandes movimientos —básicamente externos— en los que ha estado inmerso el país, así como el paulatino surgimiento de un mundo unipolar que gira alrededor de la única potencia internacional, los Estados Unidos. En este mismo volumen, también planteamos los efectos internos de la globalización sobre la economía, la política y la sociedad, así como las inercias que resistieron estos cambios. El segundo volumen analiza los actores, tanto los que constituían el centro del antiguo régimen —la presidencia y su partido— como los nuevos, los que han surgido con el declive del régimen de la Revolución mexicana: la iglesia, los empresarios, los indígenas, las organizaciones no gubernamentales y los creadores de la cultura. En el tercer volumen se analizan las instituciones, la manera en la que se han transformado y las resistencias que enfrentan; el sistema político, el congreso, el sistema judicial, los nuevos organismos electorales, el ejército, el acceso a la información y la política exterior. Finalmente, en el último tomo abordamos políticas gubernamentales específicas, como respuesta a los retos a los que ha estado sometido el Estado y como iniciativa para dirigirlos. Entre estas políticas está la que se sigue hacia diferentes áreas geográficas del mundo, la comercial, la social, la cultural y la industrial.

Sin importar las diferencias, esta obra comparte el objetivo intelectual que animó a la obra de Cosío Villegas: documentar y analizar aspectos puntuales de la etapa final de un régimen —el de la Revolución mexicana— y, así, contribuir a explicar el complicado presente de un México que entró al siglo XXI con una promesa y un desafío mayúsculos: ponerse, finalmente, a tono con la modernidad democrática, una aspiración que se formuló en el momento mismo que el país logró su independencia, pero que apenas hoy, quizá, esté en la posibilidad de emprender.